



El analfabetismo en el mundo *

El balance del analfabetismo en el mundo no es satisfactorio; a pesar de los esfuerzos realizados, la situación preocupa más que nunca. Es cierto que según las últimas estimaciones y proyecciones, el porcentaje mundial de analfabetos de más de 15 años parece tener tendencia a disminuir y a pasar del 32,40% en 1970 al 28,90% en 1980 y al 25,70% en 1990. Pero si se mantuvieran las tendencias actuales, el número de analfabetos seguiría aumentando, debido al crecimiento demográfico y pasaría de 742.000.000 en 1970 a 814.000.000 en 1980 y a 884.000.000 en 1990. Así, pues, el género humano, que comprende en la actualidad unos 800.000.000 de adultos que no saben leer ni escribir abordará el siglo XXI con 954.000.000 de adultos analfabetos, como mínimo.

En esta cifra, la proporción de mujeres es cada vez más elevada. En 1960, un 58% de los analfabetos eran mujeres; el porcentaje es hoy superior al 60%, y en algunas comunidades el analfabetismo femenino es casi total.

La situación es, pues, grave. Pero no es irreversible. A fuerza de voluntad y determinación es posible vencer el analfabetismo. Así lo prueban algunos ejemplos concretos. Pero este flagelo sólo se vencerá definitivamente cegando la fuente en que halla su origen; dicho de otro

* Fragmentos de la alocución pronunciada por el Director General con ocasión del 15.º Día Internacional de la Alfabetización.

modo, sólo se vencerá si los esfuerzos de alfabetización de los adultos, es decir, de las personas de más de 15 años, van acompañados de esfuerzos aún mayores para escolarizar a todos los niños que puedan acudir a la escuela.

Cabe señalar al respecto que en los países en desarrollo menos de 4 niños de cada 10 terminan sus estudios primarios, y una cuarta parte de la juventud entra en la vida activa sin haber recibido un mínimo de educación.

Sólo para mantener las tasas actuales de escolarización en dichos países, los efectivos escolares deberán aumentar en más del 30% entre 1975 y 1985, y en un 73% desde ahora hasta el año 2000. En otras palabras, no parece posible que muchos Estados Miembros, que han de hacer frente a otras graves dificultades, puedan superar esa situación sin la ayuda de la solidaridad internacional. Así es como se planteó, en el Año Internacional del Niño, el problema del acceso del niño, de todos los niños, a la educación.

Responsabilidades especiales incumben a la familia en la educación del niño, y el éxito o el fracaso escolar del niño y la duración de sus estudios, dependen en gran parte del medio social y del nivel cultural de sus padres. El analfabetismo, estrechamente vinculado con la pobreza, no es sólo un efecto de la miseria; también es una de sus causas. Vencerlo es, pues, no sólo una exigencia fundamental de democracia, porque permite que cada cual pueda ejercer mejor sus derechos y asumir sus responsabilidades, sino también uno de los medios que pueden transformar las condiciones de vida de muchas poblaciones.

Por lo mismo, quisiera lanzar un nuevo llamamiento a los Estados Miembros para que hagan esfuerzos redoblados. Cada gobierno debería, a base de un estudio concreto y exhaustivo de la situación, preparar un plan general de eliminación del analfabetismo durante el decenio 1980-1990, utilizando en particular las lenguas que hablan las poblaciones. Todo el personal docente, todos los estudiantes de los países interesados deberían movilizarse para esa tarea. Todas las personas que saben leer y escribir deberían tomar la determinación de enseñar a leer y escribir por lo menos a dos o tres personas. A este respecto, las universidades tienen una responsabilidad especial. En todas las partes del mundo, las universidades, que son esencialmente lugares privilegiados del saber, deberían ponerse con determinación a la cabeza de esta lucha por el progreso de los pueblos.

La comunidad internacional en su conjunto debería apoyar los esfuerzos de los países interesados y contribuir, con aportaciones específicas, a todas las iniciativas que tomen. Las universidades y las comunidades intelectuales de los países más favorecidos deberían cooperar con las de los países menos favorecidos y proporcionarles, entre otras cosas, los medios materiales necesarios para su acción.

Las Comisiones Nacionales de cooperación con la UNESCO de todos los Estados Miembros y las organizaciones no gubernamentales que mantienen relaciones de consulta y cooperación con la UNESCO deberán adoptar las medidas apropiadas para contribuir a la obra común.

La lucha contra el analfabetismo ha de tomar una dimensión planetaria. Después de tantos años de vacilaciones y de esfuerzos aislados, la alfabetización exige un esfuerzo de gran envergadura. Sólo gracias a un vigoroso movimiento mundial de solidaridad se podrán apoyar eficazmente los esfuerzos de los países interesados.

La UNESCO tiene el deber y la responsabilidad de animar una acción de ese tipo.

(De *“Crónica de la UNESCO”*)